



SUSAN SONTAG EN NUEVA YORK

En la vanguardia de la crítica

FRANCÉSca BORRELLI
LA NACIONALES ARJILA

—¿Podría describir la impresión que le produjo regresar a Nueva York después del ataque?

«Desde luego hubiera preferido estar en Nueva York el 11 de septiembre. Estaba en Berlín, por lo tanto, mi reacción inicial ante lo que sucedía fue mediana, en el sentido literal de la palabra. Pensaba pasar toda la tarde de ese martes escribiendo en mi cuarto silencioso, en un suburbio de Berlín. De pronto, dos personas de mi amistad, una desde Nueva York, la otra desde Bari, me alertaron por teléfono sobre lo que estaba ocurriendo. Corrí a encender el televisor y permanecí casi 48 horas frente a la pantalla, principalmente mirando CNN, antes de volver a mi computadora portátil para escribir, a escape, una distrofa contra la demagogia vacua y engañosa que había oído, diseminada por el gobierno y por figuras mediáticas. (Este texto breve, publicado inicialmente en «The New Yorker» y criticado con ferocidad en Estados Unidos, año era, por supuesto, una primera impresión, por desgracia demasiado exacta.) Luego vino la verdadera catástrofe, en etapas no del todo coherentes, como sucede siempre que uno está alejado de la realidad de la pérdida y, por ende, privado del pleno contacto con ella. La semana siguiente, cuando regresé a Nueva York, a altas horas de la noche, fui directamente desde el Aeropuerto Kennedy hasta el lugar del ataque. Me acordé con el alma cuando pude y seguí a pie, pues una hora vagando por lo que ahora es un cementerio gigantesco, humillante, monstruoso y hediondo, de unos seis hectáreas, en la parte sur de Manhattan.

En los días subsiguientes, ante la realidad de la devastación y la inmensidad de la pérdida de vidas, mi enfoque inicial en la retórica que rodeaba el acontecimiento me pareció menos pertinente. Mi consumo de la realidad por vía de la televisión había caído a su nivel habitual: era. Me he empeñado en no tener jamás un televisor en Estados Unidos aunque, hasta de casualidad, ante televisión cuando estoy en otro país. En caso, mis principales fuentes de información dista sin «The New York Times» y unos pocos diarios europeos que leo en Internet. Día tras día, el «Times» ha publicado páginas enteras de biografías breves, desgarradas y con fotos de muchos de los miles de personas que murieron en los

La prestigiosa intelectual norteamericana condena el terrorismo y ataca la política exterior de Bush, pero niega que Estados Unidos esté empeñado en una operación general contra el mundo islámico.

aviones secuestrados y en el World Trade Center, incluidos más de 300 bomberos que corrían escaleras arriba al tiempo que bajaban los edificios. Entre los muertos, no sólo estaba el personal ambicioso y bien remunerado de las industrias financieras allí instaladas, también hubo empleados humildes, porteros, cadetes y operarios de cocina. De estos últimos, más de sesenta, en su mayoría negros e hispanos, trabajaban en Windows on the World, el restaurante del último piso de uno de los torres. Tanto historias, tantas lágrimas. No florir estas muertes sería tan inhumano como pensar que, en cierto modo, pertenecen a una clase distinta respecto de otras muertes atroces, desde Sobrenia hasta Ruanda».

—¿Qué reacción le provoca la retórica de Bush?

«No hay por qué contrastar en la retórica simplista, a lo cowboy, de Bush, que en los primeros días osciló entre lo cristino y lo siniestro; después, sus asesores y quienes escriben sus discursos parecen haberlo refinado. Bush no debería monopolizar nuestra atención, por repulsivos que fueran su semblante y su lenguaje. Todos los personajes principales del gobierno me parecen fallos de vocabulario, mientras buscan imágenes que abarquen esta repulsa sin precedentes del poderío y la competencia de Estados Unidos.

«He criticado fervientemente a mi país casi por tanto tiempo como Gore Vidal, aunque espero haberlo hecho con mayor exactitud».

Han propuesto dos modelos para comprender la catástrofe del 11 de septiembre. Según el primero, ésta es una guerra iniciada por un «ataque solapado» compuesto al bombardeo japonés de la base naval en Pearl Harbor, Hawaii, el 7 de diciembre de 1941, que precipitó nuestra entrada en la Segunda Guerra Mundial. Para el segundo, que ha ganado aceptación tanto en Estados Unidos como en Europa Occidental, ésta es una lucha entre dos civilizaciones rivales: una premoderna, libre, tolerante y laica (o cristiana); la otra retrógrada, intolerante y vengativa. Me opongo



DISNEYSTA— Autora de libros como «Conto la vida perdida». Sontag es una de las voces más influyentes en la intelectualidad norteamericana de los últimos tres decenios.

abiertamente a ambos modelos, vulgares y peligrosos. Rechazo tanto el modelo «ahora estamos en guerra» como el de «nuestra civilización es superior a la de ellos», entre otras razones —y ésta no es la menor— porque estos puntos de vista son exactamente iguales a los de quienes perpetraron este ataque criminal y los del movimiento fundamentalista islámico Wahabí. Si el gobierno norteamericano persiste en presentar esto como una guerra

verá una situación extremadamente complicada. Salta a la vista que el 11 de septiembre se anotó un éxito tan señalado es un movimiento global. No debemos identificarlo con un solo Estado —no, por cierto, con el desdichado Al Qaeda— del modo en que Pearl Harbor pudo ser identificado con Japón. El terrorismo se burla de las fronteras, igual que la economía actual, la cultura de masas y las pandemias (pensamos en el sida).

—En «La edad dorada», Gore Vidal sostiene la tesis de que Roosevelt provocó el ataque japonés a Pearl Harbor para que Estados Unidos pudiera entrar en la guerra junto a Gran Bretaña y Francia, ya que la opinión pública norteamericana y el Congreso se oponían. Otros intelectuales norteamericanos han apoyado a Vidal en su aserto de que Estados Unidos ya lleva varios años provocando al Islam, lo cual hace inevitable el cuestionamiento de su política. ¿Qué opina usted?

«He criticado fervientemente a mi país casi por tanto tiempo como Gore Vidal, aunque espero haberlo hecho con mayor exactitud, y doy por sentado que siempre es deseable, e inevitable, criticar su política exterior. Hecha esta salvedad, no creo que Roosevelt haya provocado el ataque a Pearl Har-

bor. El gobierno nipón estaba abocado a la locura de iniciar una guerra contra Estados Unidos. Tampoco creo que Estados Unidos venga provocando al mundo islámico desde hace años. Han actuado en forma brutal, imperial, en muchos países, pero no están empeñados en ninguna operación general contra algo que pueda llamarse «el mundo islámico». Y aun cuando encuentro deplorables muchos aspectos de la política exterior norteamericana, así como su presunción y arrogancia imperiales, pienso que, ante todo, debemos tener presente que lo del 11 de septiembre fue un crimen espantoso.

Por décadas, he estado en la vanguardia de quienes censuraban las fechorías norteamericanas y, por ejemplo, me he sentido particularmente indignado por el embargo que tanto ha hecho sufrir al empobrecido y oprimido pueblo iraquí. Pero no comparto el punto de vista que detecto entre algunos intelectuales norteamericanos, como Vidal, y muchos intelectuales bien pensantes de Europa, en el sentido de que Estados Unidos se ha buroado este horror, que ellos ni hacen son, en parte, los culpables de que en su propio territorio hayan muerto miles de personas.

Creo, además, que es un error suponer que este terrorismo apunta a legitimar demandas por medios violentos. Permitenme ser muy clara. Si mañana Israel se retirara unilateralmente de Cisjordania y Gaza y al día siguiente se declarara un Estado palestino y le fuera la garantía, en forma absoluta, su ayuda y cooperación, creo que estos hechos, entranamente desolados, no harían la menor media en los proyectos terroristas. Como lo ha señalado Salman Rushdie, los terroristas se encubren bajo agravios legítimos. Pero corregir estos agravios no es su intención, sino tan sólo su pretexto descarado.

Quiénes perpetraron la matanza del 11 de septiembre no intentaban reparar los daños causados al pueblo palestino, ni el sufrimiento del pueblo en la mayor parte del mundo musulmán. El ataque es real. Es un ataque a la modernidad (la única cultura que hace posible la emancipación de la mujer) y, al capitalismo. Y ha demostrado que el mundo moderno, nuestro mundo, es, en verdad, vulnerable. Una respuesta armada —no una guerra, sino un conjunto complejo de operaciones antiterroristas, miradamente focalizadas— es necesaria. Y se justifica.

(Traducción de Zoraida J. Valero)

En la vanguardia de la crítica [artículo] Francesca Borrelli.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sontag, Susan, 1933-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En la vanguardia de la crítica [artículo] Francesca Borrelli. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile